

Queridos graduados y graduadas:

Ustedes y yo estamos yéndonos de esta casa que aprendimos a amar. Las despedidas son momentos de sinceridades y reflexiones verdaderas.

Por eso quisiera compartir con Ustedes algunas cosas que me parecen esenciales. Me disculparán si resultan algo densas después de un acto de más de dos horas, pero quisiera que fueran una especie de obsequio final; una suerte de provisión extra para el arduo y maravilloso camino de la vida.

Ustedes ya son profesionales; es decir personas que van a ejercer una profesión.

Pero si ahondamos un poco en las palabras, comprendemos que un profesional no es sólo alguien que ha aprendido unas destrezas determinadas y unas competencias suficientes para desempeñarse con éxito en el mercado laboral; sino que es fundamentalmente alguien que “profesa”; es decir, alguien que hace profesión de un determinado sistema de valores que son los que sostienen éticamente lo que hace y lo que ejerce. Ser profesional implica, entonces, profesar determinados valores que hacen confiable a la persona.

Esos valores tienen que ver con la ética. Comprendiendo la ética desde una perspectiva diferente a la visión por lo general elitista que considera al profesional como alguien impoluto que no se mezcla en cuestiones sociales, políticas o demasiado “pedestres”; es decir, comprendiendo la ética en el sentido en que la comprende Emmanuel Lévinas, que la entiende *“como responsabilidad para con el otro, así como responsabilidad para lo que no es asunto mío o que incluso pareciera que no me concierne...”* (2). La ética no es un “además”, una especie de complemento deseable, un opcional de lujo. Es algo fundamental; constitutivo de su ser profesionales. Ser profesional es ser ético; y ser ético significa ser responsable. Y esa responsabilidad es intransferible. En ella va la propia identidad subjetiva. Una subjetividad personal sólo es humana si es responsable.

**Como universitarios éticos – como profesionales – debemos, entonces, dar respuestas.**

Responder ante y responder por. Responder ante la sociedad, que espera de los universitarios conocimiento pertinente y comprometido. Y responder por los más pobres y desfavorecidos que no pueden acceder a una universidad, pero que esperan profesionales comprometidos y competentes que los ayuden en sus problemas. Ante ellos tenemos una responsabilidad. Se nos descubre éticos en el uso del conocimiento de acuerdo a las respuestas que demos ante aquello que pareciera que “no nos concierne”: esto es, ante los enormes problemas sociales de inequidad y exclusión, ante los agudos problemas políticos, ante el sufrimiento de tantos conciudadanos...

Avanzando un poco más: **en el centro de las palabras profesional y profesión (y profesor) está la palabra Fe. Se profesa lo que se cree.** En nuestro caso nuestra profesión surge de una fe: la fe en Jesucristo que se hizo solidario con los desfavorecidos y excluidos de su tiempo para anunciar el Reino de Dios en el que la Justicia y la Fraternidad son los valores principales. De ese modo Jesús hizo profesión del amor de Dios.

Y en la Universidad profesamos, también, la fe en que el conocimiento es una fuerza transformadora que puede ayudar a construir ese Reino de Dios, desde la vida académica y profesional.

**Y debemos hacer profesión en este tiempo que nos toca. Nuestro tiempo necesita profesionales que hagan profesión de humanidad. Buenas Personas.** Qué triste sería que avanzáramos económicamente, haciendo edificios inteligentes, produciendo conocimiento validado por los estándares internacionales, avanzando en el manejo de las nuevas tecnologías, y nos olvidemos del ser humano. No hay tarea más importante para una universidad hoy que trabajar la cultura para plasmar en ella una visión auténticamente humana. Este es el corazón de nuestro proyecto universitario, el núcleo de lo que hemos querido transmitirles.

Uno de los problemas más graves que tenemos hoy es que la globalización nos ha impuesto una cultura, un esquema mental que es tal vez aceptable para algunos como esquema económico, pero que como modo de pensar para orientar toda la vida y todas las relaciones humanas es extremadamente estrecho y empobrecedor. La economía ha ocupado el centro de la cultura y se ha convertido en el parámetro para medir el progreso.

La cultura economicista de la globalización actual es en extremo elitista, individualista, competitiva y no hay lugar en ella para la gratuidad, para pensar el dilema del sentido o para procesar el dolor, el fracaso y la muerte. Ha relegado a lo privado dimensiones esenciales de la vida humana.

La Eficiencia es el valor de nuestro tiempo; una palabra eminentemente mercantil. Una empresa, una persona, son eficientes cuando producen lo esperado en el tiempo programado, según los recursos invertidos. Cada peso invertido debe rendir. Cada segundo “es oro” en las comunicaciones, en los descubrimientos, en poner un producto en el mercado antes que la competencia... Cada movimiento es estudiado cuidadosamente en la cadena de producción para que no se pierda la energía en un solo gesto inútil. Hasta las relaciones humanas son estudiadas para ver qué nos aportan, qué ganancia vamos a obtener. La eficiencia “no da puntada sin hilo”.

Y cuando se entra en ese ritmo acelerado, decimos que ya no tenemos tiempo para visitar a un enfermo, responder un correo con sosiego o acompañar el crecimiento de un hijo. Cuando entramos en esta vorágine, las dimensiones gratuitas de la vida pueden quedar seriamente alteradas o absorbidas por esta locura de la velocidad y el rendimiento. Cuando se elimina o minimiza la gratuidad, la vida puede perder su sabor y su sentido.

Porque lo más importante en la vida es gratuito: el amor, la libertad que no se vende ni doblega ante el poder o el halago, el pensamiento libre, la creatividad, la ternura, la compasión, la generosidad, los amigos. Esas realidades no se miden en los parámetros del rendimiento, los recursos empleados y la eficiencia.

**Ejercer un profesión, entonces – desde esta perspectiva humanista –, tiene que ver con privilegiar la gratuidad por sobre la eficiencia.**

Que se entienda bien; no estoy hablando de no ser eficaz en lo que se hace – el bien debe ser eficaz, efectivo, dar soluciones concretas –. Lo que quiero decir es que **sin cultivar lo esencial, que es gratuito, la vida se vacía y pierde su sabor**. Y la profesión se transforma en un mero modo de ganarse la vida, en una serie de estrategias y técnicas bien dominadas, dejando de lado los valores a profesar, y la misma fe en que los conocimientos son para transformar la realidad en un lugar más humano, en el que de verdad haya más espacio para las relaciones gratuitas y para los que quedan al margen en el paradigma globalizado de la eficiencia.

Sin ser capaces de gratuidad, hasta nuestras buenas acciones pueden ser lo contrario de lo que parecen. Simone Weil dice: *“No es sorprendente que un hombre que tiene un trozo de pan se lo dé a alguien que tiene hambre. Lo sorprendente es que sea capaz de hacerlo con un gesto distinto al de comprar un objeto. La solidaridad no puede ser como la acción de adquirir algo. Dios no está presente allí donde los pobres son simplemente ocasión para hacer el bien. Porque no se puede amar de manera impersonal.”*

Ejercer una profesión, para nosotros profesores y profesionales de la UCC, es una de las formas de profesar el amor. Seremos profesionales idóneos si somos éticos, es decir, si somos capaces de amar más. Todos seremos juzgados finalmente en el amor que hayamos profesado. Y el amor, dice **Ignacio de Loyola**, se pone más en las obras que en las palabras. Y esas obras tienen que ver con hacernos responsables por los problemas de las grandes mayorías, los pobres, los sufrientes y desfavorecidos.

Por eso **hoy más que nunca se nos reclama a los universitarios que hagamos profesión de nuestra fe en el ser humano, en la Justicia, en los valores que nos hacen solidarios con los millones de hermanos que sufren la inequidad y la exclusión**. Así seremos profesores y profesionales éticos; constructores laboriosos de un mundo más humano; inspirados en Jesús que – con su palabra y con su vida – hizo profesión del amor de Dios por la humanidad.

Les deseo entonces una vida profesional con esta densidad. Será sin dudas fuente de mucha alegría.

Que Dios los bendiga.

**P. Lic. Rafael Velasco, sj**  
**Rector Universidad Católica de Córdoba**

-----  
(2) Cfr. LEVINAS, Emmanuel; *Ética e Infinito*, (pp 89. 95 – 96)